

Escritos entre mate y mate

Presentación

Claudia Cortalezzi

Si bien desde hace décadas el microrrelato viene ganando terreno en la literatura, sobre todo en Latinoamérica, en los últimos años ha encontrado el nicho apropiado: una sociedad que se mueve a un ritmo frenético, que prefiere leer de a tragos cortos.

Pero por mínima que sea su extensión, a la hora de escribirlo no todo vale. Se debe tener algo que decir, algo que justifique su escritura y su lectura. Muchas personas que recién se inician en el microrrelato, y otras que no tanto, desconocen que exige un delicado tratamiento del lenguaje. Como se escribe rápido, creen que es fácil, y lo catalogan de simple, pero es uno de los géneros más complejos. Se apoya más en lo que se sugiere que en lo que se cuenta. El escritor debe tener un diestro manejo de la idea y de la estructura, debe detenerse a sopesar cada palabra; tomar en cuenta que hasta el título puede, a veces, completar la historia; y saber que no admite errores.

Para ganar brevedad, los escritores suelen apelar a los conocimientos literarios o cotidianos del lector, lo que permite ir directo al nudo. Muchos microrrelatos buscan un efecto, un golpe que suele conseguirse con la potencia expresiva; no es el conflicto lo que se desarrolla, sino el momento climático de la historia.

Como en toda literatura, es un trabajo de a dos. Pero acá el lector debe convertirse en coautor del texto.

Este género en apariencia tan sencillo es uno de los más difíciles. Como puede consistir de uno, dos o tres párrafos —una página o dos como máximo—, exige rigurosidad y condensación. Sus sustentos fundamentales son la tensión narrativa, la intensidad y el vacío.

Al igual que toda buena literatura, necesita de un lector activo que rellene los huecos.

La construcción de una antología siempre es un trabajo parcial, constituye una fracción de la obra de cada uno de los autores —en este caso, autoras— que la integran. Y seguramente mi criterio de selección no se parezca en nada al de cualquier otro compilador: es un gusto puramente personal.

En esta antología el lector se encontrará con diferentes modos de abordar el género: intertextos, romances y otras facetas del amor, reescrituras de fracciones de la historia, comidas exóticas, muertes, no-muertes, locura. Cualquiera sea el modo que ha adoptado cada autora para moldear estos temas, hay algo indiscutible: la calidad literaria de los textos. Celebro haber tenido el gusto de leer y seleccionar los microrrelatos para este volumen.

Ojalá que cada lector pueda perderse en las aguas de este mar de palabras, tan amenas como matear entre amigos.

Espectros

Ana María Shua

Si los fantasmas se esconden a tu paso con temblores de sábana, si los esqueletos vuelven a zambullirse de un salto en sus propias tumbas, no te jactes, amigo. Nunca te jactes de asustar a los espectros. Las muecas de terror con que se apartan de tu camino no son más que simulacros con los que pretenden hacerte creer que todavía estas vivo.

De Casa de geishas

Cada cosa en su lugar

Luisa Valenzuela

Hay dramas más aterradores que otros. El de Juan, por ejemplo, que por culpa de su pésima memoria cada tanto optaba por guardar silencio y después se veía en la obligación de hablar y hablar y hablar hasta agotarse porque el silencio no podía recordar dónde lo había metido.

El otro lado

Sylvia Iparraguirre

Durante largo tiempo la mujer enfrentó la fiebre que ardía en los ojos del hombre: una concentración desmesurada de vida en un solo punto febril. Para poder continuar, tuvo que darle alguna forma. Al principio fue grandilocuente: imaginó que esa fiebre tomaba la imagen de un dragón, como el de San Jorge, donde ella, paradójicamente, venía a ser el santo. Más tarde, la fiebre cobró la silenciosa forma de una serpiente amarilla que describía círculos alrededor de la cama. La serpiente se erguía y transmutaba en una hermosa mujer de cabellos rizados y ojos feroces. Una vez, en soledad completa, la fiebre fue cuatro perros negros de colmillos al aire acorralándola una entera noche interminable. Después ya no fue así. La fiebre se revelaba debajo de la almohada o al costado de un plato como un inocente trozo de pan, o florecía sin apuro en las persianas mudas, cerradas al día. Pero, sobre todo, muchas veces, en la penumbra de los cuartos, la fiebre fue nada más que una burbuja leve y violácea que indicaba una gran tristeza; dentro de la burbuja solía aparecer la cara del hombre. La mujer siguió enfrentando esa fuerza cada vez con menos ímpetu hasta que una madrugada entendió, con alivio en el pecho, que su propia cordura le pesaba como un lastre, que su cabeza disciplinada y sus gestos adiestrados estaban, desde hacía mucho, predispuestos al salto; que lo esperaban, amorosamente. Esa noche se miró largo rato en los ojos del hombre y se dejó caer del otro lado.

De Del día y de la noche, capítulo «Pasajes»

Los nudos

Norah Scarpa Filsinger

El cajón estaba sobre la única mesa del único cuarto del rancho. De las manos de la difunta pendían, a ambos lados de la caja oscura, dos hilos: uno blanco y uno negro.

Un deudo se acercó e hizo un nudo en el hilo blanco. A poco, otro deudo hizo un nudo en el hilo negro. Y prosiguieron todos, sucesivamente.

Así la ciega no se extraviaría en su camino al cielo o al infierno.

De Cuentas de maíz

Mirada

Caro Fernández

A Lean T.

Sé que mi madre jamás olvidará el horror de verme saltar del puente. Pero desde ese día soy su valiente pichón favorito.

De Oíd el ruido de rotas metáforas

Té de las cinco

María Rosa Lojo

Una taza de té con sus hojas dispersas en el fondo: hay allí un ojo extraviado, hay una boca que no halló la palabra, hay una pierna atravesada en medio del camino, hay una mano que no sabe coser. Hay un mapa secreto de una ciudad ya inhabitable donde viviste. Hay un llamado inaudible, hay una música que podría volverte el alma del revés, si la escucharas.

Pero hay otra mano tuya que vuelve a llenar la taza para tapar el fondo, para que no veas más, para no verte.

Desove

Alba Omil

Las palabras estaban inquietas, agitadas, disconformes; necesitaban comunicarse, alma con alma; unas con otras. Volaron hacia el árbol más alto y, desde allí, huevaron un poema.

De Los ojos de Medusa

Vino

Esther Andradi

Mi cara se parece cada vez más a una pasa. Las arrugas me visten la sonrisa de lomo de tortuga, el llanto de crisálida, la seriedad de pasa nomás. Por eso bebo tanto. Para macerarme en alcohol y así poder tragarme. Lástima que no puedo sobornar al espejo.

Pero quizá termine disolviéndome en saliva, acogiéndome al privilegio de las hostias.

De Come, este es mi cuerpo